Ramos

LOS SEÑORITOS

14

LOS SEÑORITOS

COMEDIA EN DOS ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA

REFUNDIDA POR SU AUTOR

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 17 de Marzo de 1896

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551
1896

CARTA-PRÓLOGO

Al Sr. D. Francisco Flores García, Director artístico del Teatro Lara.

El 24 de Noviembre de 1874, es decir, hace ya más de veintidós años, estrenóse esta comedia con general aplauso en el Teatro del Circo. La crítica hizo elegios de ella; pero las circunstancias políticas no favorecían por entonces á los teatros, de donde alejaba al público el temor de revueltas y trastornos casi diarios, y la obra se representó solamente cuatro ó cinco noches ante un auditorio muy escaso.

Si malas eran las circunstancias porque á la sazón atravesaba España, no eran mejores las que me atravesaban á mí, por lo cual procuré vender pronto, y á cualquier precio, la desdichada comedia que tan escasos productos me ofrecía.

En balde recorrí, con el original en la mano, todas las casas editoriales: afortunadamente no quiso nadie comprar la obra, y á eso debo el conservar su propiedad, que después me ha valido algunos miles de pesetas. ¡Pocas veces se equivocan así los editores!

D. Emilio Mario, que casualmente se hallaba en Madrid, asistió al estreno de esta comedia, y fué quien primero la representó en provincias, prestándole vida

al darla á conocer, excelentemente interpretada, en Valladolid, Zaragoza y otras poblaciones importantes.

La acogida que obtuvo en estas, y más tarde en el Teatro de la Comedia, decidió sin duda á muchas compañías á representarla y quedó en el repertorio, á pesar de la escasa fortuna que presidió su estreno.

Desde aquella época tenía yo cierta predilección por esta comedia, prefiriéndola á todas sus hermanas, tal vez por ser menos afortunada que ellas, como los padres tienen mayor cariño á sus hijos más desgraciados.

Cuando usted, amigo Flores, me indicó su deseo de que la redujese á dos actos para que se representase en el teatro confiado á su inteligente dirección, la verdad, consideré la idea poco oportuna, pues creí que la obra más podía perder que ganar al ser refundida, temiendo yo que la acción resultase demasiado precipitada é injustificado, por lo rápido, el desarrollo de los caracteres.

Sin embargo, por complacer á usted, que me favorecía con tal petición y no obstante mi aborrecimiento á eso que en la jerga teatral se llama *refrito,* hice el insignificante trabajo de reducir la comedia, y hoy me felicito de ello por varias razones.

La primera es una satisfacción de amor propio muy disculpable, y que no quiero ocultar con falsa modestia: me ha sido muy grato ver que mi obra no ha envejecido, y que el público, al cabo de tanto tiempo, la ha visto con la misma complacencia y la ha aplaudido más que cuando se estrenó.

La segunda razón para alegrarme de haber cometido este pecado de servir *fiambres* al público, es el

haber dado ocasión á los artistas del teatro Lara de patentizar una vez más lo notable del conjunto que ofrecen siempre en las producciones cómicas. Todos ellos han interpretado esta con singular acierto, y me complazco al consignarlo aquí y al enviarles mi sincera felicitación: bien merecen figurar en el nuevo reparto como creadores de sus respectivos papeles.

Sólo me falta, ya que contra mi costumbre y por rarísima excepción me permito *prologuear,* dar gracias á la prensa de Madrid, unánime en los elogios que ha hecho de mi obra.

A nadie se la dediqué cuando se estrenó, porque no creí entonces que significase ni valiese nada; pero hoy que, por las circunstancias antedichas, la considero un poco más digna de estimación, tengo el gusto de dedicársela á usted.

Acójala como una prueba de la amistad que le profesa su afectísimo compañero

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

Marzo, 20, 1896.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA	Sra.	Valverde.
CLARA		Pino (R.)
DON JUAN	Sr.	Larra.
MARTÍN		Ruiz de Arana.
EL VIZCONDE DE LA ENCINA		Santiago.
ENRIQUE		Valle.
UNA CRIADA	Srta.	Sinova.

La acción en Madrid.—Época actual

ACTO PRIMERO

Gabinete adornado con mucha sencillez. Puertas al foro y laterales. A la derecha balcón con cristales y visillos. Mesa con recado de escribir. Estera de cordelillo. Sillería de gutapercha. Librería figurada al foro centro. Costurero y dos butacas á la izquierda. Dos sillas de rejilla. Brasero de copa en el centro.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, cepillando la levita. Después MARIA

JUAN — ¡María! ¡María!

MAR. — (Dentro.) Allá voy. ¿Qué hora es?

JUAN — (Mirando el reloj.) Todavía es temprano; pero ven, que quiero hablarte.

MAR. — Aquí me tienes. (Sale con la mantilla en la mano y la deja sobre una silla.)

JUAN — Ven acá, mujer, ven acá, que deseo que hablemos un rato.

MAR. — Todo lo que tú quieras. (Se sientan.)

JUAN — Pues, señor... vamos á ver, ¿qué sientes tú hoy? Quiero saber si es lo mismo que yo.

MAR. — Hombre, yo siento una alegría tal, que, te lo aseguro, hasta me dan ganas de brincar como una chiquilla.

JUAN — (Abrazándola.) Lo mismo, lo mismo que yo. Verdad es que el caso no merece menos.

MAR. — ¡Ya lo creo!—Pero, vamos, debe ser tarde.

JUAN — (Enseñándole el reloj.) No, mujer, no; tú crees sin duda que yo te engaño; mira. Son las ocho, y hasta las nueve no llega el tren.

Tomaremos un cochecito y en un momento llegamos. Y antes de ir á la estación quiero que tracemos el plan de vida que hemos de seguir de hoy en adelante.

MAR. ¡Toma! El mismo que hasta aquí.

JUAN Eso es imposible. Hasta hoy hemos vivido como unos recién casados, juntos en todas partes, sin separarnos más que las horas de oficina. Como comprendes, esto no es posible que siga cuando estén en casa nuestros hijos.

MAR. (Con cariñosa zalamería.) Pues yo quiero que siga y seguirá. No parece sino que por venir ellos hemos de separarnos nosotros. ¡No faltaba más!

JUAN No, mujer, no es eso; pero debes comprender... Clara no se separará de tí, naturalmente, y como ella viene ahora deseando ver Madrid, no creas que se va á contentar como nosotros con dar un paseito por la Moncloa ó por los altos del Hipódromo. Adiós, paseos solitarios; no pienses más en ellos.

MAR. Pues sí pensaré; iremos como siempre... A fe que á mí me gusta dar vueltas arriba y abajo por Recoletos.

JUAN Te gustará, mujer, te gustará.

MAR. Tener que ponerse de veinticinco alfileres...

JUAN Pues yo te digo que te gustará. Cuando vayas con tu hijita y veas que ella está contenta luciendo un traje nuevo, lo estarás tú también, y á mí me sucederá lo mismo con Enrique; donde él quiera iremos, y yo tan contento. Eso sí; como note que conmigo no va á gusto porque le falte libertad para algunas cosas, como por ejemplo, para echar un cigarrillo ó...

MAR. ¡Fumar!

JUAN ¡Qué! Puede que te hagas la ilusión de que no fuma un muchacho de dieciseis años y educado en colegio, donde aprenden todas las picardías... si es que es picardía el fumar.

MAR. Vaya, pues ni en chanza lo digas.

JUAN Todas las madres sois iguales; creeis que ninguno de vuestros hijos puede tener un vicio... ni... Vamos á ver: ¿tú crees que á Clara no le gustará ya el coquetear, de buena manera se entiende, con los pollos que la rodeen y la echen flores? Vaya, vaya; no te coja de sorpresa nada de eso, porque antes de mucho has de verlo por tus propios ojos.

MAR. ¡Oh! Yo evitaré que suceda.

JUAN Harás mal; demos á cada edad lo que le es propio. El tener sujetos á los hijos da resultados muy funestos. Lo mismo que el hacerles carecer absolutamente de dinero. De ningún modo; yo daré á Enrique de vez en cuando lo que yo calcule que él puede y debe gastar, para que nunca se vea abochornado ante sus amigos, ni tenga que pedir á nadie prestado.

MAR. Ahora que hablas de pedir, me recuerdas...

JUAN ¿Qué? ¿Se te acabó el dinero?

MAR. Ayer, como tuve que pagar la estera...

JUAN ¡Hum! Mucho se ha gastado este mes.

MAR. ¡Pues, hijo, más arreglo!...

JUAN (Sacando dinero del cajón de la mesa.) Ya, ya; pero el caso es que lo menos se aumentará el gasto mensual en quince duros... y no se puede tirar de largo. Toma; estamos á veintiseis. Estira estos cinco duros hasta el día de cobrar.

MAR. Está bien; los estiraré.

JUAN Con la venida de los chicos, el presupuesto de gastos aumenta considerablemente.

MAR. Eso es verdad.

JUAN Desde que entraron en el colegio, casi nada nos han costado, gracias á mi hermano Antonio, pero ahora... Clara en el colegio gastaba poco más que nada en vestir, y ahora ya verás, ya verás...

MAR. Yo la acostumbraré á que vista modestamente.

JUAN Sí, por lo pronto el equipo para salir del colegio ha costado dos mil reales. Este golpe nos ha arruinado. Lo que es si ahora se le ocurriera al ministro dejarme cesante...

MAR. Hombre, no lo digas ni en chanza.

JUAN Por eso, por eso estoy cada vez más contento de que nuestro hijo se halle en camino de poder vivir independiente, sin necesidad de empleos ni... Seguirá su carrera, y ya con los elementos que trae del colegio, verás tú en qué poco tiempo le vemos hecho todo un hombre.

MAR. Dios lo haga. Pero tú estás con mucha calma, (Levantándose.) y es ya muy tarde.

JUAN La impaciencia te hace creer que es ya medio día. Pero vamos, si quieres.

MAR. Sí, sí; más vale esperar.

ESCENA II

DICHOS. Un CRIADO. Después MARTÍN

CRIADA Un señorito pregunta por ustedes.

MAR.
JUAN } ¡Un señorito!

MART. (Corriendo á abrazarles.) ¡Tío! ¡Tía!

MAR. (Con sorpresa.) ¡Martín!

JUAN (Idem) ¡Martín!

MAR. ¿Pero cuándo has llegado?

MART. Ahora mismo.

MAR.
JUAN } ¡Cómo!

JUAN Y habrás venido por el Norte, es claro.

MART. Sí; ¿por qué?

JUAN (Sacando el reloj.) Pero hombre, si el tren llega á las once... (Muy rápido lo que sigue.)

MART. Justo; y son las once y media. (Sacando el suyo.)

JUAN ¡Calle! Si está parado. Se me olvidó darle cuerda.

MAR. ¡Y habrán llegado ya! Pero, ¿tú no les has visto?

MART. ¿A quiénes?

MAR. A Enrique y á Clara.

MART. (Con alguna emoción.) ¡Clara! Venía...

JUAN Con su hermano; habrán llegado al mismo

tiempo que tú, y lo extraño es que no estén aquí ya.

MART. Se habrán detenido á coger el equipaje; yo, como no traigo más que una maleta á la mano...

MAR. Pero, ¿no les has visto?..

JUAN Tal vez no los conozca ya. (A Martín.) No sabes tú lo que han variado. Clara sobre todo. (A María.) Saca, saca los retratos.

MAR. ¡Verás qué mona está con el traje de colegiala!

MART. Si lo tengo. ¿No recuerdan ustedes que me lo enviaron?

JUAN ¡Ah! sí; es verdad.

MART. No es extraño que no les haya visto, porque no me he apeado en ninguna estación.

MAR. Ahí tienes, (A Juan.) por tus distracciones me he privado del gusto de abrazarles más pronto.

JUAN Pero, mujer, ¡qué hemos de hacerle!

MAR. ¿Y ya no iremos?

JUAN ¿Para qué? ¡Nos cruzaríamos en el camino!

MART. Ya no tardarán. Si, en efecto, han venido en este tren...

JUAN De seguro. Nos pusieron un telegrama desde San Sebastián.

MAR. (Quitándose la mantilla con mal humor.) ¡Vaya, ahora tendremos que estar esperando aquí impacientes!... ¡Ah! Creo que para un coche á la puerta. (Va al balcón y lo abre. Tras ella van don Juan y Martín.) No; no son ellos. (Martín y Juan vuelven al proscenio. María queda en el balcón.)

JUAN ¿Y cómo tú por aquí? Amigo, hecho ya un hombre... ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fué ayer, y hace ya cuatro años, que nos vimos en Valladolid, cuando fuí á Francia á llevar los chicos al colegio. ¿Y á qué vienes? ¡Pero, María, cierra ese balcón, que entra un frío horrible!...

MAR. (Entrando.) Calla, hombre, calla, ya cierro. Estaba viendo si venían.

JUAN Sí; por estar tú al balcón, van á tardar menos...

MART. El recoger los equipajes es tan pesado, y

hay tanto barullo, que aun tardarán algo.

JUAN Conque, dinos á lo que vienes. (Se sientan.) Siéntate. (María se sienta también, y durante toda la escena se levanta varias veces á mirar por el balcón, volviendo á sentarse luego.)

MART. Pues vengo á ejercer mi profesión á Madrid.

JUAN ¡Hola! pero habrás pensado que aquí se necesita mucho tiempo para darse á conocer, y...

MART. Vengo llamado por el doctor Molina, que, como sabe usted, era íntimo amigo de mi padre, y que me ofrece parte de su gran clientela.

JUAN Pues has hecho tu suerte.

MART. Así lo creo.

JUAN Te doy de todo corazón la enhorabuena.

MAR. (Volviendo del balcón) Y yo también.

MART. Muchas gracias: ya sabía que ustedes habían de alegrarse como yo mismo... ¿Y de dónde viene Clara?

JUAN Del colegio.

MAR. Yo creí que aun tardaría en salir.

JUAN Terminó completamente su educación, y vuelve á nuestro lado para no separarse ya...

MART. ¿Y Enrique?

JUAN Viene de Bayona de casa de su tío Antonio, donde ha estado un año. Se empeñó en llevársele á su lado cuando le sacó del colegio y yo ahora escribí á su tío para que Enrique acompañase á su hermana hasta Madrid.

MART. De manera que hace ya que no les ven ustedes...

JUAN ¡Cuatro años!

MAR. (Que vuelve del balcón en este momento.) ¡Cuatro años, dos meses y diecisiete días!...

JUAN Buen sacrificio ha sido para nosotros. Pero, ¡qué remedio! Hemos querido, ante todo, ya que no se les pueda legar un capital á nuestra muerte, dejarles siquiera una educación brillante.

MART. Muy bien pensado.

JUAN Mal acostumbradillo vendrá Enrique, por-

que su tío creo que le mimaba mucho, y como tiene dinero y es ya viejo, le habrá satisfecho todos los gustos... Escribía el pobre afligido con la idea de que Enrique se viniera... Pero no hay remedio, el chico tiene ya dieciséis años y es necesario que empiece su carrera.

MAR. (Que está junto al balcón. Abriéndolo.) ¡Ay! ¡Ha parado aquí! (Martín y don Juan se levantan. María, entrando del balcón y saliendo por el foro rápidamente.) ¡Ellos son! ¡Ellos son!

JUAN ¡Ah! (Sale tras ella.)

ESCENA III

MARTÍN, solo. Queda de pie y como prestando oído á lo que sucede fuera

MART. ¡Voy á verla! ¡Parece que el corazón quiere salírseme del pecho! (Suenan dentro las voces de María, Don Juan, Clara y Enrique que dicen: ¡Papá! ¡Mamá! ¡Hijos! ¡Hijos míos!)

ESCENA IV

DICHO, MARÍA, DON JUAN, CLARA y ENRIQUE, con dos elegantísimos trajes de camino. Al entrar en la escena vienen todavía abrazados María y Clara, y don Juan y Enrique. Martín se adelanta á recibirlos, dirigiéndose á Clara

MAR. (Llorando.) ¡Hija mía!

CLARA ¡Mamá!

MAR. ¡Hijo! (Abrazando á un tiempo á Enrique y á Clara, que la besan.)

JUAN ¡Qué guapos están los dos! (Abrazándolos.) ¿Eh? (A Martín.)

MART. Prima...

MAR. (Al ver que Clara desconoce á Martín.) Es Martín. (Le da la mano, saludándole con una seriedad afable.)

JUAN (A Enrique.) Abraza á tu primo.

ENR. (Abrazándole.) ¡Ah, primo! (Un primo nunca viene mal!)

MAR. Venid, venid á mi lado, hijos míos.

JUAN Sí, á nuestro lado. (Se sientan. Martín algo separado.)

MAR. Conque, decidnos, ¿qué tal viaje habéis traído? Habladnos de todo.

JUAN Eso es, de todo.

ENR. Hemos venido bien, muy bien. Con mucho frío, eso sí, porque están mal acondicionados los coches...

JUAN (Yendo al brasero.) Pues ven acá, hijo, ven á calentarte.

ENR. Traigo los piés como el hielo. (Se sienta ante el brasero.)

MAR. Y tú, hija mía, ¿tienes frío también? (Besándola.)

CLARA (Levantándose.) No, al contrario; lo que estoy es rendida de venir sentada tanto tiempo.

JUAN (Reparando en una caja que Enrique no ha dejado de la mano.) ¿Qué es eso?

ENR. Una compra que he hecho en Bayona. Un neceser de afeitar.

MAR. Pero, ¿te afeitas?

ENR. No... pero para cuando me afeite. Es elegantísimo. Mira, (Abriéndolo.) con los cabos de plata... Me ha costado ciento sesenta francos.

JUAN (¡Caracoles!)

MAR. (A Enrique.) ¿Y tu tío, cómo quedaba?

ENR. Bueno, muy bueno; lleno de manías, como todos los viejos, diciendo que de este invierno no sale, y que... ¡qué sé yo! Tonterías... (Clara, mientras hablan los demás, se ha ido acercando al balcón y mira por él.)

MART. (Contemplando á Clara.) (¡Está lo mismo que en el retrato!)

CLARA (Separándose vivamente del balcón.) (¡Allí está, allí está, quieto como un guardacantón! Dios quiera que mamá no se fije...) (Sigue andando de un lado á otro.)

MAR. Ven aquí, Clara, á mi lado y dime si te alegras de haber salido del colegio; en fin, háblame algo.

CLARA Sí...

ENR. Sí, sí, alegrarse; buena tonta está. Si vieras

MAR. ¡Una friolera! Una carta que me ha dado ese amiguito de Enrique tomándome por la criada.

JUAN ¡Cómo!

MAR. Toma, lee.

JUAN «Clara mía.» ¡Suya! ¡Habrá monuelo! «Ne- »cesito hablarte »

MAR. ¡Y la tutea!

JUAN ¡Claro! ¡La llama suya! «Vendré todos los »dias á buscar á tu hermano, y por si hay »dificultad para darte las cartas, las dejaré »en el forro de mi sombrero. Ponme tú en »él las tuyas.» ¡Muy bien!

MAR. ¡Lo que discurren estos demonios!

JUAN Te aseguro que no se me hubiese ocurrido á mí con todos mis años. «No dejes de ha- »cerlo así, y empieza, si puedes, contestán- »dome por ese medio si vas ó no esta noche »al teatro. Tuyo, siempre tuyo, Fernando.» Suyo... suya... ¿Y dónde está ese mequetrefe?

MAR. Ha entrado en el cuarto de Enrique.

JUAN Estoy por hacerle salir por el balcón.

MAR. Pero, Clara... ¡Vamos, no vuelvo de mi asombro!

JUAN ¡Ah, tú creías sin duda que todavía jugaba á las muñecas! No, ahora empieza á jugar á los muñecos. No lo extraño. Lo malo es que ese caballerito tendrá gana de gastar el tiempo y de levantar de cascos á la muchacha... ¡Oh, yo lo evitaré! Te lo aseguro. ¿Dónde está Clara?

MAR. ¡Con esa amiga suya en su cuarto!

JUAN ¡Ah, no!... Mejor es... (Va á la mesa y escribe.)

MAR. ¿Qué vas á hacer?

JUAN A poner á ese joven la contestación en el sombrero.

MAR. Hombre...

JUAN ¡Ya verás!... ¡Ya verás! ¡Pues hombre, bonito método iba á enseñar á la muchacha! Asi, perfectamente... (Leyendo.) «¡Caballerito, si «vuelve usted á poner los piés en esta casa »y á escribir cartitas á Clara, le pego un »puntapié que lo vuelvo loco!»

MAR. Pero hombre...

JUAN Así, así; pocas palabras. ¿Dónde está su sombrero? ¡Ah! debe ser este. F. C. Sí, este es. No, en el forro no; así, para que lo vea más pronto. (Mete el papel dentro del sombrero y lo deja sobre la mesa.)

ESCENA XXI

DICHOS y CLARA, por la derecha

CLARA (¡Infame, engañarme así!)

MAR. ¡Clara!

CLARA (De mala manera.) ¿Qué?

JUAN (¡No le digas nada!)

MAR. ¿Se marchó ya tu amiga?

CLARA ¡Sí, ya se marchó!

MAR. ¿Qué manera de contestar á tu madre es esa?

CLARA ¡Déjame en paz!

JUAN (¡Cállate!)

MAR. No es posible que calle. Has de saber que ese amigo de Enrique, ese Fernando... me ha confundido con la criada. .

CLARA ¿Y tengo yo la culpa de eso? ¡Es natural! Te ve así, con esa facha... La poneis á una en ridículo... ¡Estoy abochornada!

MAR. Niña...

CLARA ¡Bonito humor tengo yo ahora para venirme con tonterías!

MAR. ¡Pero tú oyes!

JUAN ¡Calla! (María debe haberse quedado junto á la puerta por donde salen Enrique y el Vizconde para que éste no la vea hasta que sea preciso.)

ESCENA XXII

DICHOS, ENRIQUE y el VIZCONDE

CLARA (¡Ah, él!)

VIZC. (A don Juan.) Servidor de usted.

JUAN Buenas tardes.

VIZC. Señorita...

CLARA (¡Traidor!)

VIZC. (¡Uy! Ya lo sabe.)

ENR. Almorzaremos pronto, ¿eh? Porque tengo que salir con éste.

JUAN ¡No! Esta tarde te necesito.

ENR. Pero...

JUAN ¡No sales!...

VIZC (¡Qué hombre tan grosero!)

CLARA (En voz baja á María.) (No estés aquí de esa facha. ¡Vete!)

VIZC. En ese caso... con permiso de ustedes me retiro. (A Enrique.) Mañana volveré.

ENR. Sí... dispensa...

JUAN Tome usted. (Dándole el sombrero.) Tome usted.

VIZC. Gracias. (¡Ah!) (Coge la carta y la guarda rápidamente.)

JUAN (Ya la pescó.)

VIZC. (¡Y me la ha dado el padre! ¡Esto es divino!) Beso á usted la mano. A los piés de usted.

JUAN ¡Ah! Se me olvidaba... ¡María! (Llamándola y presentándosela al Vizconde.) Tengo el gusto de presentar á usted mi señora...

VIZC. ¡Cómo! ¡Usted! ¡Señora... beso á usted la mano! ¡Caballero, á los piés de usted! ¡Qué plancha! ¡Qué plancha! ¡Qué plancha! (Vase derribando una silla completamente aturdido por el foro derecha.)

ENR. ¡Qué bochorno!

CLARA ¡Qué vergüenza!

JUAN (A María.) Ese orgullito se lo hemos alimentado nosotros.

MAR. (Ya se lo bajaremos.) (Al oído.)

(Para formar el cuadro final deben quedar Enrique á la derecha, sentado; Clara á la izquierda, sentada también, y ambos volviendo la espalda á Don Juan y María que están en el centro de la escena. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que el anterior

ESCENA PRIMERA

CLARA y ENRIQUE. Aquella cosiendo y este escribiendo

ENR. Pues señor, es capricho tenerme aquí dos horas copiando. Bien podía mi señor papá tener un escribiente.

CLARA ¡Ay, Enrique, me voy figurando que no puede!

ENR. (Levantándose.) ¿Qué dices?

CLARA Lo que oyes. ¿No has notado la economía con que viven? ¿No ves qué casa y qué muebles y qué todo?

ENR. En eso tienes razón.

CLARA ¿No has oido á mamá regañar á la criada porque ha traido para almorzar merluza á seis reales la libra? Esto prueba que no están en buena posición. ¡Y yo que creía!... Te aseguro que me da muy mal rato... A mí ya me había extrañado mucho que para salir del colegio me mandaran aquel equipo; me han puesto en ridículo. Figúrate enviarme nada más que tres vestidos, una miseria... cuando á todas las colegialas les mandan sus familias infinidad de trajes de todas clases; lo natural, señor, lo natural. Pero, ¡ay, Enrique! voy viendo que no han podido hacer otra cosa, y esto me preocupa... Porque... ya ves; si en estas cosas pequeñas es-

catiman así... figúrate en cosas de más entidad, como por ejemplo, en mi dote. Y esto es importantísimo. Elvira me dijo que la que no tiene un buen dote, abur Madrid; no encuentra marido por un ojo de la cara. ¡Y vete tú figurando el dote que tendrá la hija de un señor que no puede pagar seis reales por una libra de merluza! (Sollozando.)

ENR. Chica, tú te fijas en unas tonterías... Eso no pasa de ser una aprensión tuya. (Se levanta y va junto a Clara.)

CLARA Sí, sí. ¡Buena está la aprensión! ¡Desengáñate, si estuvieran en buena posición no me mandarían poner bocamangas á una levita de papá, hechas con pedazos de un vestido viejo de mamá!

ENR. Puede que sean un poco... ¿Eh? (Indicando con el puño.) Esto sin ofenderles.

CLARA También se me ha ocurrido á mí algo de eso.

ENR. Y así es sin duda, porque si estuviesen en mala posición no nos hubieran educado fuera de aquí costándoles muchísimo más que á su lado.

CLARA Eso es verdad.

ENR. Pues es claro. Es que son agarrados, no te quepa duda. Y mira, es preciso que les acostumbremos desde el principio á no andar con tacañerías, porque si ahora les dejamos, será más difícil luego el que nos concedan lo que es natural en nuestra posición.

CLARA Es verdad; porque ya ves, tenemos que alternar con nuestros amigos... Estaría gracioso que quedásemos en segunda línea porque papá y mamá quisieran ahorrar dinero. Ahora estamos en la edad de gastar.

ENR. Eso es, eso es; acostumbrémosles á que no les duela.

ESCENA II

DICHOS y DON JUAN, por el foro derecha

JUAN Buenas tardes, señoritos.
CLARA Hola, papá.
ENR. ¿Vienes de la oficina?
JUAN De allí vengo, de cumplir con mi obligación. Y vosotros, ¿habéis trabajado también?
ENR. Yo ya he concluído eso.
CLARA Y yo estoy acabando.
JUAN Así me gusta (A Enrique.) ¿Tú no has salido al fin?
ENR. Sí; estuve por ahí dando vueltas, pero me aburrí. Como iba sin dinero... No se me ocurrió pedírtelo...
JUAN No se te ocurrió, ¿eh? Pues mira, fué una buena ocurrencia, porque á fines de mes no es ocasión oportuna para peticiones de ese género.
ENR. (A Clara.) (¿No te digo?... ¡Son así!)

ESCENA III

DICHOS y MARIA, por el foro izquierda

MAR. ¿A dónde diablos habrá ido ahora la criadita?
CLARA ¡Ay, mamá! La mandé yo á un recado.
MAR. ¿Tú?
CLARA Sí; á... á comprar unas sedas...
MAR. Pues si tienes en el costurero sedas de todas clases.
CLARA No lo sabía. Ya terminé; ahí tienes la levita.
MAR. Veamos tu obra. Póntela, Juan. (Ayudándole á ponérsela.) Así, hija mía; poquito á poco irás acostumbrándote á estas labores, no tan brillantes como las del colegio; pero necesarias en una casa como la nuestra.
JUAN ¿Pero qué es esto? ¿Qué has hecho aquí?
MAR. ¿Qué tiene?

JUAN ¿No ves? Este par de fuelles. (Enseñándole la manga que, con el forro encogido, forma una especie de vuelo.)

MAR. ¡Jesús! ¡Qué atrocidad!

CLARA Qué, ¿qué tiene?

JUAN ¡Esto es un mamarracho!

MAR. Pero, hija, ¿dónde has tenido los ojos para hacer esto? Quítate eso, hombre, quítate eso. Si está todo el forro encogido.

JUAN (Quitándose la levita.) Pues si es esto todo lo que has aprendido en el dichoso colegio francés, medrados estamos.

CLARA Lo que es en el colegio no me han enseñado á componer bocamangas.

MAR. Pero, hija, debes haber aprendido á coser. (Cosiendo.)

CLARA Claro está.

JUAN Pues lo que es por la muestra, no se conoce mucho. Sepamos qué has aprendido allí en tanto tiempo.

MAR. (Sentándose.) Sí, eso es; sepamos.

CLARA ¿Vais á examinarme ahora?

MAR. No, mujer, no; pero dinos lo que sabes.

CLARA Pues sé tocar el piano...

JUAN Sí, ya te hemos oido tres polcas, bastante mal ejecutadas.

MAR. Hombre...

JUAN Sigue, sigue.

CLARA Sé dibujo de figura y paisaje, baile y equitación; sé geografía, historia natural, aritmética y gramática francesa...

JUAN ¿Y castellana?

CLARA No. (Con naturalidad.)

JUAN ¡Bien!

CLARA De labores, sé hacer toda clase de mallas, crochet, bordados al realce en cañamazo, flores de trapo, de cera, de papel...

MAR. Bueno, bueno que sepas todo eso, pero no basta....

CLARA ¡Ah, también sé tirar al blanco!

JUAN ¿Sí? Pues entonces no necesitas más; cuando se le rompa á tu marido un pantalón, en lugar de cosérselo, le pegas tres ó cuatro tiros y ya está arreglado.

MAR. Justo.

CLARA ¡Vaya una broma tonta! Como no pienso casarme con un hombre que necesite que yo le cosa los pantalones...

JUAN Hombre, bien; ¿tú qué sabes?

CLARA ¿No he de saberlo? ¡Pues me gusta!

JUAN ¿Sabes ya que tu marido ha de ser rico?

CLARA Sí, porque si no, no me casaré.

JUAN (Al oído á María.) (Malo, malo.)

MAR. Hija, no digas eso.

ENR. Tienes muchísima razón, Clarita; yo pienso lo mismo; como no sea muy rica no me pesca ninguna... (A Don Juan.)

JUAN ¿Qué sabes tú, monigote?

ENR. (¡Monigote!)

MAR. (A Clara.) Hija mía; bien que no pienses en que tu esposo sea tan pobre que no pueda dartelo necesario, pero... Desengáñate, cuando tu padre y yo nos casamos no teníamos sino lo preciso, y hemos sido muy felices.

JUAN Muy felices.

CLARA Pasaron ya aquellos tiempos de contigo pan y cebolla. Yo estoy por lo positivo.

JUAN (Al oído a María.) (¡Malo, malo, malo!) Veo que si en el colegio no has aprendido á coser, te han enseñado en cambio máximas muy convenientes. ¿Y tú, qué has aprendido? (Volviéndose de pronto á Enrique.)

ENR. Hombre, no sé á qué viene esa pregunta; me parece que ya sabes la nota que alcanzaba en todos los trimestres.

JUAN Sí, pero aún no me has dicho lo que sabes.

ENR. Pues sé gramática, historia universal, geografía, matemáticas, física, química, historia natural, retórica y poética, filosofía, francés, inglés, italiano, música, equitación, esgrima y baile.

JUAN Hijo, por lo visto eres una enciclopedia viviente. ¡Cuántos sabios hay que no saben tanto! Es verdaderamente un prodigio haber aprendido todo eso á tu edad.

MAR. ¡Hijo mío! (Abrazándole.)

JUAN (Cogiendo los papeles de la mesa.) Y buena letra, eso sí... ¡y hasta sin h, y sociedad con z!—

¡Bendito sea ese colegio donde te han enseñado todo... menos lo que debías saber!. .

MAR. ¿Qué es eso?

JUAN Nada; que me ha echado á perder la memoria que debía presentar mañana mismo al Subsecretario.

ENR. Pero...

JUAN No, no es tuya la culpa sino mía. No es extraño que habiéndote enviado á Francia no hayas aprendido el castellano. En cambio sabes equitación, y si yo no puedo sostener para tí un caballo, montarás en el palo de la escoba. No, no es tuya la culpa sino mía, nuestra, mejor dicho. (Dirigiéndose á María.)

MAR. No te incomodes, Juan...

ENR. (¡Qué genio!... Me parece que me vuelvo con mi tío.) (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS menos ENRIQUE. Después MARTÍN por la segunda derecha

JUAN ¡Ay, María! ¡Qué error tan grande ha sido el nuestro!

MAR. Todo se arreglará: no te preocupes. (Viendo á Martín que sale.) Aquí tienes á Martín que está contentísimo.

JUAN ¿Pues?

MART. Sí, tío, sí; muy contento: el doctor me ha encargado gran parte de sus visitas y me ha recibido con el mayor afecto.

JUAN ¡Cuánto me alegro!

CLARA Yo también, primo, yo también me alegro mucho.

MART. Gracias, gracias.

CLARA Por supuesto que te echarás carruaje al momento..

MART. ¿Carruaje? ¡Qué atrocidad!

CLARA Pues lo que es un médico sin coche...

JUAN ¡Ah! ¡Es claro, un médico sin coche no puede curar á ningún enfermo! Veo, hija mía, que eres tonta de capirote...

MART. ¡No tío, no! Clara tiene razón en parte. Dos

medios hay de ejercer la profesión que he elegido. El uno es no visitar sino á los enfermos que puedan pagar dos ó tres duros por cada visita, gentes que suelen suponer como mi prima, que un médico sin coche es poco más que un curandero; frecuentar los altos círculos, hacer visitas de cinco minutos, aun á los enfermos más graves; hacerse mucho de rogar para asistirles, y colgarse en el pecho una condecoración. Otro de los caminos es visitar á pie á toda clase de enfermos, cobrarles la asistencia según la posición que ocupan, ser el consuelo de la familia del paciente, hablar á cada uno en el lenguaje que él habla, y buscar con afán esa gloria oscura del médico que junto al moribundo, lucha con la muerte que quiere arrebatarle su presa, la vence al fin y sale de casa del enfermo, sin cobrar tal vez los honorarios; pero llevando sobre sí las bendiciones de las personas queridas de aquel á quien casi ha sacado del sepulcro. ¡Gloria desconocida por la generalidad, gloria que vierte sus resplandores sólo entre las cuatro paredes de un dormitorio; pero que satisface al espíritu y que ensancha el alma! Yo he elegido este camino.

JUAN — Bien, Martín, así me gusta.

MAR. — Muy bien dicho.

CLARA — Sí. (Pues por ese camino se hará millonario, de seguro.)

MART. — Esta tarde buscaré habitación y mañana abandonaré á ustedes.

JUAN — ¿Por qué?

MART. — La casa es pequeña, y con la venida de Clara y Enrique yo tengo que ser molesto por fuerza.

JUAN — Si tú deseo es vivir más independiente, y para ello crees que necesitas no estar á nuestro lado, hazlo así; pero te aseguro que sentiré no tenerte con nosotros.

MAR. — Sí que lo sentiremos.

MART. — ¿Para mí qué mayor gusto que vivir con ustedes?

JUAN Ah, pues entonces no se hable más de ello. Así como así necesitamos tener el médico en casa.

MART. ¿Pues? (Con gran interés.)

JUAN Porque según veo los dos señoritos están bastante malos de la cabeza.

CLARA (Ofendida.) ¡Vaya!

MAR. ¡Siempre tienes ganas de broma!

JUAN Sí; hoy sobre todo.

MAR. Os dejo; voy á ver si están calientes las planchas para empezar mi tarea.

CLARA ¿Qué tarea, mamá?

MAR. La plancha; hoy es viernes.

CLARA Pero, ¿tú planchas?

MAR. ¡Ya lo creo! ¿De qué te asombras? Y tú plancharás; yo te enseñaré si no sabes.

CLARA ¿Yo planchar?

JUAN Tú harás lo que te manden. ¡Caramba con la niñita!

MART. (¡Y extrañan todo esto!)

MAR. ¡No te incomodes, Juan, si no está acostumbrada!

CLARA ¡Justo, me hará daño!

JUAN ¡Lástima! ¡Qué delicada es la señorita!

CLARA Dicen que planchando se caen los dientes.

JUAN ¡Te los pones postizos! Vé á ayudar á tu madre.

MAR. Déjala, déjala hoy. Ya me ayudará otro día. (Vase por el foro izquierda.)

JUAN Me tienen ya los señoritos hasta aquí. (Vase por la primera izquierda.) ¡Caramba con los señoritos!

ESCENA V

CLARA y MARTÍN

CLARA Primo, ¿tú ves?

MART. ¿Qué?

CLARA Las rarezas de papá.

MART. ¿Rarezas? No le he notado ninguna.

CLARA Si quiere que yo planche...

MART. No; no es eso.

CLARA ¿Cómo que no?

MART. Lo que quiere es que no extrañes que tu mamá lo haga. Y aunque quisiera que tú lo hicieses, tampoco sería rareza.

CLARA ¡Ah! ¡Tú crees!...

MART. Creo que una mujer de la clase media debe saber todo aquello que sea necesario en una casa. A no ser que tengas la seguridad de ser la esposa de algún hacendado ó algún aristócrata...

CLARA ¡Ay, Martín! Ya no puedo contar con mi novio aristocrático.

MART. ¿Quién?

CLARA El Vizconde.

MART. ¡Ah! ¡Es claro! Después de lo que sucedió ayer... (Riéndose.)

CLARA No es por eso.

MART. Pues, ¿por qué?

CLARA Porque hacía el amor á mi amiga Elvira. ¿Tú ves qué infame? Ayer, hablando las dos, se descubrió todo.

MART. ¡Ya!

CLARA Y hace un rato le he enviado una carta por la criada, en que le digo: «Caballero: todo ha concluído entre nosotros. Ahí va su correspondencia; devuélvame usted por la dadora todo lo que tiene mío.—Clara.»

MART. Muy bien. ¿Sabes que estás ducha en ese género epistolar?

CLARA Me enseñó en el colegio Elvira. Las llamaba á éstas cartas de trueno.

MART. Y dí, ¿sientes tu rompimiento con el Vizconde?

CLARA ¡Yo! ¡Maldito lo que me importa! Parece un tití con aquellos bigotes...

MART. (¡Qué chiquilla!) Voy con tu permiso á cerrar esta carta.

CLARA Escribes á tu amada, ¿eh?

MART. No; escribo á mi mejor amigo. Le hablo de ella precisamente.

CLARA ¿Y qué le dices?

MART. Que me ha hecho sufrir un desengaño.

CLARA ¿Como á mí el Vizconde?

MART. No; no es de esa clase. Pero hablemos de otra cosa.

CLARA. Vaya, hijo, que eres reservado como tú solo. Ni quieres que se hable de ella, ni quieres que vea su retrato... Anda, enséñamelo.

MART. No insistas en ello.

CLARA. Cada vez me convenzo más de que es feísima.

MART. ¡Ojalá!

CLARA. (¡Y de que mi primo es muy simpático!) (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA VI

MARTÍN. Luego ENRIQUE

MART. (Sentándose á la mesa.) ¿Habrá por aquí sobres? A ver... sí; aquí hay. (Coge uno y cierra la carta, escribiendo luego el sobre.)

ENR. ¿Qué haces?

MART. Cerrar esta carta, que voy á echar al correo.

ENR. Saldremos juntos, á ver si se me pasa este mal humor.

MART. Pues, ¿qué te sucede? (Guardando la carta en la cartera-petaca de bolsillo.)

ENR. ¿Qué ha de sucederme? Que papá, por lo visto, no se hace cargo de las cosas, ni de las necesidades que uno tiene, y sospecho que vamos á tener muchos disgustos...

MART. No digas eso. Tu padre no ha de negarte nada que sea razonable.

ENR. Por de pronto ya me ha dicho que no le pida dinero, y estoy hasta sin tabaco... Dame un cigarrillo.

MART. Toma todos los que quieras, hombre. (Dándole la cartera-petaca.)

ENR. ¡Anda, anda y vístete deprisa! Daremos una vuelta hasta la hora de comer.

MART. Vuelvo al instante. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA VII

ENRIQUE. Luego MARÍA y JUAN

ENR. (Saca un cigarrillo, que luego enciende, y tira sobre la mesa la cartera.) Yo necesito hacer comprender á papá que no es posible pasar sin que me asigne una cantidad para mis gastos. ¡Qué mal hice en no ahorrar algo de lo que me daba mi tío Antonio! ¡Aquél no me regateaba nada! (Acercándose al balcón.) ¡Vaya una callecita solitaria y fea! No pasa un alma. Como la vecindad no tenga algo de agradable... Hombre, sí. Allí hay una rubita cosiendo. ¡Qué mona es la rubita! (Abriendo el balcón y saliendo á él.)

MAR. (Saliendo por el foro derecha con caja de guantes y factura.) ¡Juan, Juan! ¿No está aquí? ¿Juan?

JUAN (Dentro.) Voy. (Sale.) ¿Qué quieres?

MAR. Toma; vienen á cobrar esta cuenta.

JUAN ¡Una cuenta! A ver, trae.—¿Qué es esto? (Leyendo.) «*El buen gusto.* Una caja de guantes, doscientos reales.» Toma, esto no es para aquí, se han equivocado sin duda.

MAR. Como preguntaron por el señor Fernández...

ENR. (Saliendo del balcón.) ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Han traido ya mis guantes? A ver.

JUAN ¡Cómo!

MAR. ¿Qué?

JUAN ¿Son para tí estos guantes?

ENR. Sí. He comprado varias cosas; ya las traerán. A ver si os gustan los colores.

JUAN Este muchacho es tonto de remate. ¡Doscientos reales en guantes! Pues no los he gastado yo en toda mi vida.

ENR. Pero papá...

JUAN ¡Pero demonio! ¿Tú quieres que pague diez duros por esto?

ENR. ¿Pues quién ha de pagarlos? Yo no llevaba dinero... por eso dije que trajeran la cuenta.

JUAN Los has comprado, los has hecho traer, debo pagarlos. María, da el dinero al que los ha traido.

MAR. Pero Juan...

JUAN Págalos. (Vase María.)

ESCENA VIII

DON JUAN y ENRIQUE

JUAN Es tal nuestra posición que un gasto extraordinario de doscientos reales puede hacer que no baste mi sueldo para que comamos hasta fin de mes; si en este sucede eso, pondremos para almorzar un par de guantes á cada uno. ¿Te parece bien?

ENR. Papá, yo creía...

JUAN Tú creiste que podías gastar eso en una cosa superflua; pues no, hijo mío, no, no puedes.

ENR. ¡Ah! que no los paguen, yo los devolveré. ¿Cómo había yo de creer?..

JUAN Deja, ya están pagados; pero sírvate esto de regla para lo sucesivo. Haciendo grandes sacrificios os hemos tenido lejos de nosotros á tu hermana y á tí; cuando creíamos encontraros con una educación completa, os vemos llegar ignorando todo aquello que debíais saber, sabiendo mucho que debíais ignorar, con hábitos que no podeis seguir y con necesidades que no podemos satisfacer. Esto me aflige; mi error, cuyas consecuencias toco ahora, me hace temblar por vuestro porvenir y me estremezco ante la idea de que queriendo haceros felices haya labrado vuestra desgracia

ENR. Pero papá...

JUAN No es tuya la culpa, ya lo sé.

ENR. Si se necesita en la casa lo que yo pueda ganar, no seguiré una carrera, que siempre cuesta mucho, sino que ganaré...

JUAN (¡Pobre hijo mío!) ¿Ganarás? ¿Cómo? ¿Dónde?

ENR. El tío tiene grandes relaciones... pueden darme un destino.

JUAN — (Irritado.) Eso es, el recurso de la gente inútil. No sirvo para nada, no sé nada, que me mantenga la nación. ¡Así anda ella! No; si nada sabes aprenderás, y si cuando sepas quieres, prefiriéndolo á otra carrera, servir al Estado, lo harás como lo he hecho yo. ¡Harta gente inútil vive á su costa, para que vayas tú á aumentar el número! ¿Una sanguijuelita más al presupuesto? No seré yo quien se la ponga. ¡Pues hombre! (Vase.)

ESCENA IX

ENRIQUE Después CLARA

ENR. — (Que queda pensativo. Dando una patada en el suelo.) ¡Tiene razón! ¿Dónde encontraría yo diez duros?

CLARA — (Entrando.) Enrique.

ENR. — ¿Qué?

CLARA — (Con misterio.) ¿Anda por ahí mamá?

ENR. — No sé. ¿Tienes tú diez duros?

CLARA — ¡Qué he de tener yo! Conque le he pedido a mamá para mis gastos de este mes y me ha dado dos pesetas... ¿Y papá? ¿Anda por ahí?

ENR. — ¡Qué se yo!

CLARA — Es que temo que descubran esto que acaba de traerme la criada. ¡Infame! Dice que las dió con la mayor indiferencia. ¡Quiera usted á los hombres para esto! (Sacando un gran paquete de cartas.) Deles usted estas pruebas de cariño. (Ocultándolo al ver á Martín.) ¡Ah!

ESCENA X

DICHOS. MARTIN

MART. — ¿Qué es eso?

CLARA — ¡Creí que era papá, y me has dado un susto!...

MART. — ¿Por qué?

ENR. (De pronto, levantándose.) Ya tengo los die duros.

MART. ¿Dónde vas? ¿No vienes conmigo?

ENR. Sí, espera un momento. (Vase rápidamente por la segunda derecha.)

ESCENA XI

MARTIN y CLARA

CLARA Mira. Aquí está toda mi correspondencia amorosa con el Vizconde. (Desenvolviendo el paquete.)

MART. ¿No es nada más que eso?

CLARA Ya ves, no hemos estado más que dos meses en relaciones.

MART. Pues si llegan á durar un año agotais los almacenes de papel.

CLARA Vas á ver, vas á ver... (Va á la mesa para abrir el paquete.) Ten cuidado no vengan papá ó mamá.

MART. No vienen.

CLARA (¡Ah! la cartera... Aquí está el retrato... Se la pesqué.) (La guarda con prontitud.)

MART. (Viendo reir á Clara.) ¿De qué te ríes?

CLARA Ya lo sabrás. (¡Si él lo supiera!) Mira, mira la primera carta que le escribí. Perfumada con violeta. Todavía huele. ¡Ha durado más el perfume que su amor!

MART. Está bien puesta. (Después de leerla.)

CLARA Elvira me la dictó.

MART. ¡Siempre Elvira!

CLARA Como que éramos las inseparables. Por cierto que la he encontrado algo cambiada. Ayer se echó á reir cuando le dije que el Vizconde me hacía el amor; en vez de condolerse de que me hubiera engañado, parecía que le gustaba ser mi rival. Y luego, al oir que mamá me había dicho que no iríamos al teatro sino una vez al mes, porque costaba muy caro, se echó á reir á carcajadas, diciendo: «Pues, hija, nosotros tenemos palco á diario en el Real, y los días

de moda en la Comedia, en el Español y en Lara... Y así... como con aire de protección, ofreció llevarme algún dia. Y me hizo saber que tenía carretela y berlina, y se pavoneaba por mi cuarto para que viese bien el vestido que traía. ¡Estaba insufrible! Creo que no voy á verla.

MART. (Mujer al fin.) Y todas estas cartas ¿qué dicen?

CLARA Léelas si quieres, y rómpelas luego, no vaya á verlas papá.

MART. (Cuando me las da ella...) (Las envuelve en el papel.)

CLARA Aquí está el rizo de pelo que le regalé el día de su santo.

MART. (Después de cogerlo.) (¡Ah, prenda mal apreciada!) (Lo besa á hurtadillas.)

CLARA Me alegro de habérselo dado del postizo. (Martín tira el rizo y se pasa la mano por los labios.)

ESCENA XII

DICHOS. ENRIQUE, ocultando detrás el neceser

ENR. Vamos cuando quieras, Martín.

MART. Sí, vamos. (Enrique da vueltas para ocultar el neceser á la vista de Clara.) ¿Dónde lo habré puesto?

CLARA (¡Adiós, se acordó de la cartera!)

ENR. ¿Qué buscas? Vamos...

MART. El sombrero. Aquí está. Cuando quieras.

CLARA (No se acordó.)

MART. Hasta luego.

CLARA Adiós, adiós. (Acompañándoles hasta la puerta, lo cual obliga á Enrique á ocultar el estuche delante y detrás alternativamente.)

ESCENA XIII

CLARA

(Viene riendo hasta el proscenio y saca la cartera.) ¡Pero qué lance tan graciosísimo! ¡Cómo ha de figurarse que voy á conocer á la incógni-

ta señora de sus pensamientos! (Abriendo la cartera.) De seguro es algún mamarracho de provincia. (Sorprendida.) ¡Eh, un retrato mío... ¡Y no hay más que este!—¡Soy yo; yo!—No puede ser.—Pero si no hay otro. ¿Será posible? ¿Y por qué no? ¿No soy ya una mujer?... ¡Pobre Martín! Pero... ¿será verdad?—¡Sí, no hay duda!... Sus palabras de ayer... Su manera de decirme lo que es amor... ¡Y por cierto que lo decía muy bien! Y su modo de mirarme, sí señor; aquellas miradas... Pero ¿cómo no lo habré yo conocido antes? Me quiere, me quiere; no hay duda. Ahora verá el Vizconde que maldita la falta que me hace su cariño.—¡Ay! ¿Por qué le habré yo dicho á Martín lo del Vizconde? ¡Cuanto habrá sufrido el pobre! Así decía que había tenido un desengaño.—Pero, ¿por qué no me lo ha dicho? No se ha atrevido sin duda. ¡Y éste si que me quiere de veras! Bien decía él, que el verdadero amor suele vivir oculto.—Pero, ¿y si es una casualidad tener aquí mi retrato?... ¿Si no seré yo? (Dando vueltas á la cartera.) ¡Ah! Esta es la carta que estaba escribiendo á su amigo... Y me dijo que le hablaba de *ella*... ¿Si seré yo ella? ¿Qué puede decirle de mí?—La leería de buena gana... Está cerrada... ¡Si yo me atreviera á abrirla!... (Mirándola al trasluz.) ¿Qué le dirá?... (Procurando despegar el sobre.) No la abro, no. (Rompiendo el sobre.) ¡Ay, se rompió! Pues lo que es ahora, ya... (Observa en todas las puertas. Se acerca al proscenio vivamente agitada. Abre la carta, y al ir á leerla, la oculta creyendo que viene gente.) No. (Tranquilizándose.) No es nadie. (Leyendo.) «Queridísimo Pepe.» (Leyendo entre dientes todos los párrafos que empiezan.) «He llegado muy bien...» «Mi entrevista con el doctor...» «Y, sin embargo, estoy triste...»—(Dejando de leer) Aquí está. (Leyendo.) «La he visto. Ha llegado á Madrid el mismo día que yo.» —Yo soy. (Con alegría. Leyendo.) «Tú que conoces mis más ocultos pensamientos, tú, que sabes cuanto la quiero, comprenderás lo

profundo de mi desencanto...»--Sí, «mi desencanto» dice;—«cuando pasado el primer momento feliz de volver á verla, he tenido ocasión de sondear su alma. Clara,»—yo; ya no hay duda.—«Clara, (Continuando.) ha perdido en sentimientos todo lo que ha ganado en belleza. Yo dejé una niña cuyo corazón guardaba el germen de todas las virtudes; pero ¡ay! ese germen ha sido ahogado por una educación equivocada.» — ¡Estoy sudando! (Se hace aire con la carta.)—«Clara tiene hoy necesidades que yo en mi posición no puedo satisfacer, ni son razonables en la suya.»—¡Que no son razonables!—«Ignora lo que una hija de familia no debe ignorar; para ella sería denigrante é imposible, (Muy marcado.) porque no sabe hacerlo, entrar en la cocina ó pegar un botón... Clara, en fin, no puede ser la madre de mis hijos.» (Dejando caer las manos y repitiendo lentamente.) ¡No puede ser la madre de mis hijos! Es decir, que... me cree indigna de él... ¡Ah! (Estrujando la carta.) No, esto se lo ha dictado el despecho, el ver que no le quiero... Pero, ¿por qué supone que no le quiero?... Y sobre todo, ¿por qué cree soy tan inútil? Yo le probaré lo contrario. ¡Ah! (Ocultando la carta al ver á Martín.)

ESCENA XIV

CLARA y MARTÍN

MART. Se me ha olvidado una cosa.

CLARA (¡Ay, Dios mío!)

MART. Enrique me dijo que la había dejado sobre la mesa... (Buscando.) ¿Dónde diablos la habrá puesto?—¿Has visto por aquí una cartera?

CLARA (Ya pareció aquello.) No, yo... no.

MART. Enrique dice que la dejó aquí...

CLARA (¿Qué hago yo ahora? ¡Ah!) Pues... mira, si la dejó ahí... ahí debe estar. (Aprovechando el momento en que Martín se vuelve para mirar sobre-

la mesa, tira la cartera debajo del sillón de escritorio.)

MART. Pues no está.

CLARA ¡Ah!... Te ayudaré á buscarla. (Bajándose) Mírala. (La coge.)

MART. (Vivamente.) Trae.

CLARA No; no te la doy si no me prometes antes enseñarme el retrato.

MART. Trae, trae acá.

CLARA Prométemelo ó la abro.

MART. No, por Dios.

CLARA ¿Te incomodas? (Como resentida.) Toma, toma. (Dándosela.) Pero te advierto que la reserva trae á veces muy malas consecuencias.

MART. ¿Por qué dices eso?

CLARA Por nada.

MART. No está la carta. (Después de abrir la cartera.)

CLARA (Esto es lo malo.)

MART. Juraría que la había metido aquí... ¿La habré dejado allá dentro? Voy á ver. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XV

CLARA

¿Como salgo yo de este compromiso? Esta no la puedo tirar para que la encuentre. ¿Qué haré? ¡Ah, tiene escrito el sobre! Diré que la he mandado echar al correo: la quemo, y en paz.

ESCENA XVI

CLARA y MARTIN

CLARA (Guardando rápidamente la carta.) ¡Ah!

MART. No la encuentro. Y lo siento mucho. Quería haberla puesto hoy mismo en el correo.

CLARA (¡Que prisa tiene por decir á su amigo que yo no sé pegar un botón!) Pero, ¿qué buscas? ¿Una carta?

MART. Sí.

CLARA ¿Para Valladolid? La he mandado ya. La ví ahí encima cerrada y con el sobre puesto...

MART. ¡Acabáras!... Y yo que me estaba volviendo el juicio... Vaya, te dejo.

CLARA Ven acá. Tengo que consultarte un asunto importantísimo. (Le coge un botón de la levita y juega con él mientras habla.)

MART. Alguna niñería.

CLARA Por supuesto... Tú tienes formado de mí un concepto muy equivocado, pero muy equivocado.

MART. Hija, vas á arrancar el botón.

CLARA (Soltándolo.) No lo arranco.—Oye. Tú ya sabes que he tronado con el Vizconde. (Volviendo á coger el botón.)

MART. Sí...

CLARA (¡Qué bien cosido está el maldito!) (Continúa tirando del botón.)

MART. Estate quieta, mujer. (Clara deja por un momento el botón y vuelve á cogerlo.)

CLARA Estoy tan preocupada que no sé lo que hago.

MART. ¿Pues qué te pasa?

CLARA Verás... ¡Ay! Se arrancó.

MART. ¿Lo ves, lo ves?...

CLARA Vamos, hombre, no te apures. Yo te lo coseré. No creas que no sé coser un botón.

MART. (Sorprendido.) ¡Eh!

CLARA (Va al costurero por aguja, etc.: vuelve y se pone á pegar el botón.) Pues sí, estoy muy preocupada. Y como tú eres un muchacho formal y de mucho talento... y me quieres... digo... me parece.

MART. Sí. (No lo sabes tú bien.)

CLRRA Deseo que me aconsejes. (Pausa.) Tengo otro novio. (De pronto.)

MART. ¡Otro! (Haciendo un vivo movimiento de sorpresa.)

CLARA ¡Ay!

MART. ¿Qué?...

CLARA Me he pinchado. ¡Como has hecho ese movimiento de sorpresa tan brusco!

MART. ¡No he de sorprenderme, si dejas un novio por la mañana y por la tarde tienes ya otro!

CLARA Si este no es de ahora. (Cosiendo otra vez.) Es decir, desde ahora le quiero yo, pero él me quiere hace mucho tiempo. Y no creas que es como el Vizconde. ¡Cá! Es un muchacho muy formal y de carrera.

MART. ¿Y rico?

CLARA No, no es rico. Pero me quiere mucho. Y yo quiero que me aconsejes (Dando vueltas al botón con la hebra de la seda y mirando fijamente á Martín.)

MART. ¿Yo qué he de aconsejarte?

CLARA Ya está. (Concluyendo de pegar el botón.) ¿A que no se te arranca ahora?

MART. Gracias.

CLARA Conque, ¿no me dices nada?

MART. ¿Qué quieres que te diga al verte entusiasmada con lo que no será más que un nuevo pasatiempo?

CLARA No lo creas. Mira: cuando tenía amores con el Vizconde, los tenía porque mis amigas vieran que no estaba sin novio, y que me hacía el amor un muchacho elegante, y rico y título. Ahora lo conozco; le quería más bien por vanidad, porque si hubiera sido amor, no creo que se me hubiera pasado tan pronto.

MART. Cierto.

CLARA Pues bien... ahora... es muy distinto. El que me quiere, quizás no tiene tantas condiciones para halagar mi amor propio como el Vizconde; pero en cambio, sé que me quiere de veras y... te lo confieso: aunque él no me quisiera, no podría yo menos de amarle. Y esto no se lo digo más que á tí, porque sé que no has de burlarte, porque amas... Ya me libraría yo bien de contárselo á ninguna amiga. No sé por qué, este amor... me gusta tenerlo guardadito, para mí sola.

MART. (¡Dios mío!)

CLARA Y él no me ha dicho todavía que me quiere. ¿Qué hago yo?

MART. Clara, no me pidas consejo en estas cosas... Sin querer me estás haciendo daño.

CLARA ¡Ah! ¿Te hago daño? (Me alegro.) Pues en-

tonces, no hablemos más de ello. Me callaré, sufriré sola... (Se sienta.)

MART. Sí, no hablemos... (Dirigiéndose á la puerta del foro.)

CLARA (No me dice nada...) Oye. (Levantándose.)

MART. ¿Qué?

CLARA Tengo que hablarte también de otra cosa.

MART. Habla.

CLARA (Mirando al suelo.) Ya sé quien es... la que tú querías.

MART. ¿Qué dices?

CLARA Que lo sé... positivamente.

MART. Imposible.

CLARA Te digo que lo sé.

MART. ¿Cómo?... ¿Quién te ha dicho?...

CLARA Nadie... pero lo sé.

MART. Habla, explícame...

CLARA Te dejaste la cartera...

MART. ¡Eh! ¿La has visto?...

CLARA Sí. (Cada vez más confusa)

MART. ¡Clara!...

CLARA (Sacando la carta del bolsillo.) Y he leido...

MART. ¡Jesús! Trae, trae esa carta. ¿Cómo te has atrevido á abrirla?

CLARA La curiosidad... el interés... Como me dijiste que hablabas de ella...

MART. (Con gozo.) ¡Ah! Clara... Yo...

ESCENA XVII

DICHOS y MARÍA

MART. ¡Tía!

CLARA (Ya me pesa habérselo dicho.)

MAR. ¿Qué quieres?

MART. Anunciar á usted que esta misma tarde les dejo.

MAR. ¿Por qué?

CLARA (¡Dios mío!)

MAR. ¿Pero no habías dicho que te quedadas?

MART. Es imposible.

MAR. ¿Pues qué ha pasado aquí? ¡Juan! ¡Juan! (Llamando.)

ESCENA XVIII

DICHOS y JUAN

JUAN (Saliendo.) ¿Qué?
MAR. Martín, díselo á tu tío.
MART. Tengo ya casa y dejo á ustedes hoy mismo.
JUAN ¿Pero por qué?
MART. Ya es imposible mi permanencia aquí.
CLARA (Ahora que yo le quiero.)
MART. Volveré para no separarme de ustedes, si soy tan feliz que me creen digno de ser su hijo.
CLARA ¡Ah!
MAR. } JUAN } ¿Eh? ¿Cómo?
MART. Amo á Clara.
MAR. ¿Y ella? (Clara se tapa la cara con el pañuelo.)
JUAN Pero, hombre, aun es muy niña, y se puede decir que apenas la conoces.
CLARA ¡No, papá, eso no! ¡Me conoce, me conoce bastante! (Muy rápido.)
MAR. ¡Hija mía! ¡Con él serás feliz!
MART. ¡Oh, yo al menos procuraré que lo sea!
MAR. ¡Hijos míos! (Abrazándoles.)
JUAN (¡Madre al fin! ¡Ya se le está cayendo la baba!) (Acercándose.) Pues yo solo tengo un disgusto.
MAR. } MART. } CLARA } ¿Cuál?
JUAN Empezar á ser suegro en la flor de mi edad.

ESCENA ULTIMA

TODOS

ENR. (Entrando.) Papá... (Trayéndole al proscenio.) Aquí tienes los diez duros de los guantes.
JUAN ¿De dónde has sacado ese dinero?
ENR. (Casi llorando.) He vendido el estuche de afeitarme.

JUAN ¡Pobre hijo mío! Este sencillo rasgo revela toda la bondad que hay en el fondo de tu alma. Yo sabré aprovecharla para deshacer mi error. (A Martín y Clara) Y á vosotros sólo me resta daros un consejo. Cuando tengáis hijos, es decir, cuando yo sea abuelo, educadles para algo más útil que ser sencillamente unos SEÑORITOS.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

UN SARAO Y UNA SOIRÉE [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

EL FIGLE ENAMORADO, sainete original, música del mismo maestro.

LA MUJER DEL PRÓJIMO, comedia en un acto y en verso, original.

DE MADRID A BIARRITZ [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

MÁS VALE TARDE QUE NUNCA, proverbio original y en prosa, en un acto.

PERRO, 3, 3.º, IZQUIERDA [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡CHITÓN! [3], idem, idem.

UN PALOMINO ATONTADO, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

UN CUARTO DESALQUILADO, pasillo cómico, original y en verso.

SE CONTINUARA), juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

ESPERANZA, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

LAS MEDIAS NARANJAS [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

EVA Y ADAN, juguete cómico, original y en verso.

LA HOJA DE PARRA, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

LA GALLINA CIEGA, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

LEVANTAR MUERTOS [4], juguete cómico en dos actos y en prosa.

EL DOMADOR DE FIERAS [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

DOCE RETRATOS SEIS REALES, pasillo cómico, original y en verso. (Segunda edición.)

LEÓN Y LEONA, entremés en prosa, original.

CADA LOCO CON SU TEMA, juguete cómico original, en un acto y en prosa.

LOS SEÑORITOS, comedia en tres actos, original y en prosa.

LOS SEÑORITOS, refundida en dos actos.

LA VIUDA DEL ZURRADOR [5], parodia en un acto y en verso.

LA CLAVE [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

LA MAMÁ POLÍTICA, comedia en dos actos, original y en prosa.

LA MARSELLESA, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

LA CARETA VERDE, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

EL SIGLO QUE VIENE [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

EL AÑO SIN JUICIO, revista cómica, original, en un acto.

LOS MADRILES, revista cómica, original, en dos actos.

LOS SOBRINOS DEL CAPITÁN GRANT, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

EL EMPRESARIO DE VALDEMORILLO, revista cómica, en dos actos, original.

EL DIABLO COJUELO, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

EL NOVENO MANDAMIENTO, comedia en tres actos, original y en prosa.

LAS DOS PRINCESAS, zarzuela en tres actos, arreglada del francés, con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

ESTO, LO OTRO Y LO DE MÁS ALLÁ, revista cómica, original, en un acto.

PERIQUITO [5], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música de maestro Rubio.

LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA [5], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡ADIOS, MADRID! [5], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS [5], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.

LA PRIMERA CURA [5], comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA [5], refundida en dos actos.

LA CALANDRIA [5], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL HIJO DE LA NIEVE [5], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

ROBO EN DESPOBLADO [5], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

LA TEMPESTAD, melodrama original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Décima edición.)

LA MUJER DEL SERENO, comedia original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

LA CRIATURA, humorada cómica original en un acto y en prosa. (Tercera edicion.)

LA ALMONEDA DEL 3.º [5], comedia en dos actos, original y en prosa

PAPELES SON PAPELES..., proverbio en un acto, original y en prosa.

CORO DE SEÑORAS [5], pasillo cómico-lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

GOLONDRINA, comedia en un acto y en prosa, original.

LOS LOBOS MARINOS [5], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL PADRÓN MUNICIPAL [5], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

LA BRUJA, zarzuela en tres actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Quinta edición.)

EL SEÑOR GOBERNADOR [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL CHALECO BLANCO, episodiocómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

EL REY QUE RABIÓ [5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

EL OSO MUERTO [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

ZARAGÜETA [5], comedia en dos actos y en prosa, original (Quinta edición.)

EL BIGOTE RUBIO, comedia en un acto y en prosa (segunda edición).

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó. 2 Id. id. Coello. 3 Idem Idem Campoarana. 4 Id. id. Blasco. 5 Id. id. Vital Aza.